



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Jesús se puso en la fila con los últimos

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 1, 7-11 (Bautismo del Señor - Ciclo B – 7 de enero de 2018)



Para las mentes suspicaces la fiesta del bautismo de Jesús es una oportunidad inmejorable para plantear algunas cuestiones peliagudas a los estudiosos de la biblia y de la teología. Para empezar, ¿Por qué Jesús, que los creyentes afirmamos que no tiene pecado, acude a un bautismo que se sabía era para la conversión? ¿Cómo entender la frase final de la segunda lectura (Hechos 10, 34-38): “... me refiero a Jesús de Nazaret, ungido

por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”? ¿La afirmación “estaba con él” se podría emplear -de hecho, algunos la usan- como una justificación para cuestionar la divinidad de Jesús? Sin duda son preguntas abiertas y profundas que, de ninguna manera, pretendo esclarecer en estas líneas, simplemente os sugiero un par de reflexiones.

La primera reflexión la tomo prestada del jesuita José Enrique Ruiz de Galarreta, quien, comentando esta fiesta, decía: “Significativamente, la fe de los testigos no tiene ninguna tentación de entender la humanidad de Jesús como puro disfraz o apariencia. Han convivido con él tiempo y situaciones más que suficientes para no sentir semejante tentación. Su tentación es la contraria: especialmente después de verle morir en la cruz, aparentemente vencido por sus enemigos, tienden a pensar que era simplemente un hombre, admirable, pero nada más. La gracia de la Resurrección consiste en hacerles descubrir en ese hombre precisamente lo que Marcos está proclamando ahora, en el principio de la vida pública: ese hombre es el Hijo, el predilecto. Ésta es la invitación que se nos hace: reconocer en ese hombre al Hijo, al predilecto. Y este reconocimiento se hará a través del conocimiento de su humanidad, e incluso a pesar de su evidente humanidad, como nos sucede al verle sentir terror en Getsemaní o morir en la cruz. Pero esa es nuestra fe: reconocerle como el Hijo. Pablo completará el mensaje llamándole ‘el primogénito’, extendiendo a todos la condición de hijos y herederos, condición inaugurada por Jesús, el Primero de los que se atreven a llamar a Dios ‘Abbá’. Los profetas tienen conciencia de enviados, Jesús tiene conciencia de Hijo. El antiguo Israel tenía conciencia de ‘pueblo elegido’, nosotros, gracias a Jesús, tenemos conciencia de hijos”. No soy ninguna autoridad para calificar

la idoneidad y la razonabilidad teológica de un texto como este, sin embargo, desde mi fe he de decir que me convence y me gusta y por eso os lo comparto.

La segunda reflexión es sacada del baúl de mis recuerdos. Hace unos años, cuando estaba destinado en Pamplona, me reunía con un grupo de padres de familia del colegio para preparar la Misa de las Familias. El tema que queríamos invitar a reflexionar lo teníamos claro: en la experiencia y el signo del bautismo de Jesús, Dios asume **plenamente** la condición humana y **se solidariza con la historia de un pueblo pecador** (por eso se pone en la fila junto con el resto de discípulos del Bautista). Detrás de este gesto sencillo descubrimos la generosidad de la apuesta de Dios por la humanidad y por lo humano. En Jesús, el Hijo predilecto, Dios asume nuestros ritmos y nuestras fragilidades, participa de nuestro lento proceso de formación, de nuestras incertidumbres, de nuestros sufrimientos y, obviamente, de nuestros deseos de amar, de servir y de experimentar la cercanía y la ternura del Padre. Jesús no tiene una humanidad aparente, es plenamente humano y plenamente divino pues “así de humano solo puede serlo el mismo Dios” como suele decir otro gran amigo jesuita, José Ignacio González Faus.

El dilema era cómo presentar a los niños este mensaje tan importante para nuestra fe. Después de darle varias vueltas al tema, una de las participantes del grupo, Asunción de la Iglesia, sugirió una interesante comparación con los superhéroes que tanto atrapan la atención de los pequeños. Jesús no es un superhéroe pues estos no son humanos. Los poderes de los héroes de ficción les vienen de fuerzas extrañas que les hacen ser totalmente diferentes e incluso hacen que los humanos se sientan pequeños y pobres ante ellos. Jesús, al contrario, es plenamente humano, se hace uno de tantos para compartir la condición humana. Sus poderes, lejos de capacitarlo para volar o moverse a la velocidad de la luz, residen en la fuerza del amor y del servicio, en las virtudes que son capaces de hacer de lo ordinario de la vida algo extraordinario.

Habría una tercera reflexión sobre el escenario donde acontece el Bautismo. La manifestación de Jesús como Hijo predilecto no acontece entre pompas y boatos -esas que tanto gustan a la sociedad del espectáculo y de los *reality show*- sino, al contrario, en las periferias, en las barriadas urbanas, en los lugares donde los “descartados” y las personas que muchas veces etiquetamos como “indeseables” intentan vivir con dignidad a pesar de lo adverso de su situación. Para humanizar la vida, como lo hizo Jesús, hay que compartir y hacer la fila con aquellos a los que la vida digna les resulta esquiva.

Celebremos el Bautismo de Jesús y llenémonos del gozo de saber que Dios sigue apostando por la humanidad.